

El gran giro de Indira

JOSETTE ALIA

(enviada especial)

SON las cinco de la mañana, momento en que el alba vacila. Apenas franqueadas las puertas del aeropuerto de Delhi, uno tropieza, en la penumbra, con una muchedumbre gris, acurrucada, tendida, envuelta en sacos, dormida, andrajosa. Unos hombres de pie en el frío seco esperan acampados bajo una manta que parece una tienda de campaña. Uno alcanza a distinguir un ojo que brilla, una mano nerviosa que alguien tiende. Permanece allí horas y horas para llevar una maleta, llamar un taxi, ganarse una rupia, o sencillamente por nada, trágicos y tranquilos, con fatiga y desesperanza. A uno le vienen a la mente las estadísticas: un millón de ciegos en la India, 85 millones de "intocables", un 40 por 100 de los seiscientos sesenta millones de habitantes viven por debajo del "mínimo absoluto" de pobreza que la ONU ha fijado en 100 dólares al año. Esta India del polvo y la miseria es la que te abofetea en cuanto aterrizas y la que luego te persigue hasta la obsesión.

Hay que esperar hasta la noche para que los sórdidos tenduchos se iluminen de guirnaldas, para que cada puestecito callejero se convierta en un pequeño teatro de sombras bajo el resplandor vacilante de las lámparas de keroseno. Entonces se olvida la miseria y el hambre, para no ver más que la extraña belleza de esa ciudad de doble rostro. Porque allí, justo al lado, se extiende la ciudad inglesa, la de los céspedes verdes y los palacios de greda roja, que recuerdan por su pesadez a acorazados. Allí la gente habita todavía en casas con columnatas, y las hamacas blancas se balancean a la sombra de los franchipanieros y los banianos. El Imperio británico no ha muerto...

Un tratado de veinte años

Es verdad que Nueva Delhi no es la India, como no dejan de repetirle al visitante. Sin embargo, esa ciudad de contrastes refleja

las contradicciones y los esplendores de ese enorme país, abundante y frondoso, el país de la mayor miseria y de la también mayor dulzura de vivir, Babel de 1.652 lenguas censadas, patria que venera a un número mayor de dioses que ningún otro país, que ha sobrevivido a diecisiete invasiones y tres milenios. Pero la India de los merideros de Calcuta, la India de los supergeneradores, de la bomba atómica y la más alta espiritualidad conoce hoy un nuevo avatar. Una prueba y una apuesta es lo que el mundo ha visto últimamente en ella. Difícil prueba que la nueva Presidente electa, Indira la Em-

peratriz, Indira la dura, la madre, la bella, parece haber superado felizmente.

La prueba duró un mes. El 27 del pasado diciembre, los primeros elementos del Ejército Rojo soviético aterrizan en los aeropuertos afganos. "¿Por qué en ese momento precisamente y no en otro?, dice un político indio. Porque los americanos están atacados en su drama iraní y porque nosotros, en la India, estamos hundidos hasta el cuello en una campaña electoral en la que parece perfilarse con claridad el éxito de la señora Gandhi... Los soviéticos calculan que los Estados Unidos se encontra-

rán maniatados y que Indira los apoyará". Es una apuesta razonable: en 1971, Indira firmó un tratado de amistad con la URSS por un plazo de veinte años. Y se comprenden bien sus razones. Para la India, que conoció cuatro guerras con sus vecinos pakistaníes y chinos, la URSS es, en la región, la única aliada eficaz posible. ¿Significa esto que la señora Gandhi llegará a sostener a Moscú en una operación militar en las fronteras mismas de la India? Brezhnev es propenso a creerlo: las primeras reacciones de la India en la ONU son más bien pro soviéticas.

Pero..., pero Indira todavía no ocupa totalmente el poder. Curiosamente, espera tres días antes de prestar juramento. Su astrólogo, como ocurre siempre en la India, ha fijado él mismo la fecha y la hora favorables.

Indira desarrolla una estrategia en tres puntos. La India, en la ONU, se abstiene en lugar de apoyar a la URSS y equipara a los dos grandes; la intrusión soviética en Afganistán es condenable, pero los Estados Unidos tienen también su parte de responsabilidad. Luego, la señora Gandhi repite más o menos por todas partes que hay que evitar que "suba la tensión en la zona". "Sed prudentes", recomienda a los americanos. "Cada paso al frente, como por ejemplo el rearme del Pakistán, puede provocar una escalada por parte soviética y llevarnos a la gran explosión". Finalmente, tras su advertencia, la señora Gandhi propone un trato: frente a un peligro que amenaza a todo el subcontinente, hay que revisar las alianzas, borrar las discordias. El 24 de enero, por voz de su ministro de Asuntos Exteriores, se atreve a algo impensable: ¿por qué no "normalizar" las relaciones con Pakistán y resolver los viejos contenciosos con China, incluida las disputas fronterizas?

"Que vuelvan a sus cuarteles"

Para Brezhnev, el trago, aunque dosificado, es amargo. La



Envuelta en sus saris de seda, Indira Gandhi se enfrenta a los inmensos problemas internos de la India.



Giscard d'Estaing con el Presidente de la República hindú, Sanjiva Reddy, durante la reciente visita del Presidente francés a la India.

URSS se ha equivocado. La prueba es negativa: Indira no apoya la intervención soviética. Antes bien, se pone a la cabeza de un movimiento de no alineados capaz de reunir a todo el continente, desde Islamabad hasta Pekín. ¿A qué se debe este giro? En Nueva Delhi lo explican así: En primer lugar, los musulmanes indios (70 millones aproximadamente, lo que hace de la India la tercera comunidad islámica mundial) votaron por Indira Gandhi, más "laica" que los otros candidatos. No se puede abandonar a los musulmanes afganos a la "normalización" soviética sin defraudarlos gravemente. En segundo lugar, el pueblo indio, en su conjunto, está a la vez preocupado y sorprendido. "Esos militares no tienen nada que hacer en Kabul, me dice un viejo acurrucado al sol. Más vale que vuelvan a sus cuarteles". En torno a nosotros, un grupo de gente opina. A fuerza de afirmarse públicamente, el no alineamiento acaba siendo una postura realmente vivida... Por último, ya sea en los tugurios donde vive la gente, en los mercados o en el palacio presidencial, todo el mundo reconoce que el peligro de confrontación general se aproxima a medida que los ca-

rrros soviéticos avanzan hacia el Sur, y que la India será la primera en pagar el pato. Lo demuestra el hecho de que ese inmenso y fabuloso país se ha convertido, sobre el tablero mundial, en una apuesta política y estratégica esencial.

Una apuesta política: con sus seiscientos millones de habitantes, sus riquezas mineras, su industria, sus investigadores, su gran avance tecnológico, sorprendente en algunos sectores de punta y su armamento atómico, la India tiene hoy un peso decisivo. Si se inclina hacia Moscú, China se sentirá —y se verá— cercada; el Pakistán, aislado, no podrá resistir. La apuesta estratégica es aún más clara. La India posee 6.000 kilómetros de costas en el mar de Omán, el océano Índico y el golfo de Bengala. Pues bien, el mar de Omán está en la desembocadura del estrecho de Ormuz, por el que pasa el petróleo de Irán, de Irak y de Arabia. El océano Índico es un nido de submarinos atómicos, donde los navíos soviéticos vigilan de cerca, en Adén y en Socotora, a los submarinos americanos que tienen su base en Diego García, auténtico arsenal flotante de los Estados Unidos.

Por el mar de Bengala, igual

que por el océano Índico, pasan casi todas las materias primas esenciales y raras, que tan necesarias son al resto del mundo. Conclusión: la guerra fría Este-Oeste, que se anuncia —y a la que hay que acostumbrarse— se centrará finalmente en la India. Los Estados Unidos lo han comprendido: envían a Nueva Delhi, el 13 de enero, a un veterano de la diplomacia americana, el ex secretario de la Defensa, Clark Clifford, con la misión de "recuperar" a la India al precio que sea. Si la negociación no da resultados positivos, el soviético Gromyko, esperado a comienzos de febrero, tratará a su vez de conseguir lo que no pudo su colega americano. Fecha del "round" final: hacia el 15 de febrero.

¿Y Francia? Pues bien, Francia tiene suerte. Su Presidente llega en un buen momento y se convierte en el primer Jefe de Estado en encontrarse con la señora Gandhi tras la elección de esta última. ¿Qué puede ofrecerle? Proyectos en el sector de la explotación del carbón, de las telecomunicaciones, las investigaciones petroleras, del acero y del aluminio, de lo nuclear. Nada de eso es realmente importante, salvo tal vez lo nuclear, que intere-

sa a los indios para un supergenerador de uranio enriquecido que Francia sigue vacilando en venderles.

La gran idea de Giscard es reanudar y desarrollar con la India el proyecto de una vía "tercermundista" equidistante de los dos grandes, que reagruparía a Yugoslavia, la India, todos los auténticamente "no alineados". En época de guerra fría, la propuesta es atractiva. ¿Giscard, sucesor de Tito? No hay que precipitarse. En Nueva Delhi, Indira estima que necesita aliados, pero no intermediarios, y mucho menos mentores. Sabe —Giscard también lo cree— que su país será mañana una de las cinco grandes potencias del mundo, gracias a sus enormes recursos. Ciertamente, la apuesta es difícil para la señora Gandhi, los problemas internos de la India son inmensos, a la medida de este país continente. Pero Indira, insumergible, parte ahora hacia un nuevo destino.

La prueba es que ha colgado sus saris de algodón, ha abandonado sus humildes modales de candidata al poder. Ha recobrado su aplomo de Jefe de Estado y ha vuelto a vestir sus saris de seda. ■ © "Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO, 1980.